

OPTANTES

In Luce Et Veritate

ateo

pobre

izquierda

guerrillero

....

rico

derecha

sacerdote

creyente

*Cuando
el adjetivo
reemplaza
a la persona*



La cuestión de la

Adjetiviza



ación

¿

Cura? ¿Guerrillero? ¿Revolucionario? Llamémoslo, por el momento, simplemente con su nombre de pila: Camilo Torres. Este año nos encontramos a sesenta años de la muerte de Camilo Torres Restrepo, un hombre que alzó la voz en la segunda mitad del siglo XX en el territorio colombiano. Quisiera que echáramos un vistazo a no solo quién fue él, sino cómo hablamos de él y con esto, también, cómo hablamos de las demás personas.

Con bastante frecuencia, cuando se menciona su nombre, aparece inmediatamente un adjetivo: *guerrillero*. Y aunque es cierto que Camilo ingresó al ELN y murió en sus filas con fusil en mano, resulta llamativo que una vida entera quede reducida a unos pocos meses: Camilo duró en la guerrilla tan solo 3 meses. Se olvida al sacerdote, al sociólogo, al profesor, al investigador, el seguidor de los dominicos Nielly y Blanche, al hombre que denunció la desigualdad y que buscó caminos para la transformación social. El adjetivo termina reemplazando a la persona.

Este fenómeno no ocurre únicamente con Camilo Torres. Es una práctica habitual de nuestra sociedad. Clasificamos a las personas mediante etiquetas que simplifican su complejidad: conservador, progresista, izquierdista, derechista, uribista, petrista, creyente, ateo, rico, pobre. Una vez pronunciado el adjetivo, creemos conocer al otro. Dejamos de escucharlo. Dejamos de preguntarnos por su historia, sus razones y sus búsquedas.

Cada adjetivo impuesto como identidad definitiva es una frontera. Nos impide comprender al otro en su totalidad y constituye una forma de violencia epistémica y antropológica.

Es epistémica porque daña nuestra capacidad de conocer realmente a la persona: una vez la reducimos a una etiqueta, dejamos de preguntarnos por su historia, sus motivaciones, sus luchas y sus esperanzas. ¿Cómo acercarnos a alguien cuando antes de conocerlo ya lo hemos reducido a “el marihuanero”, “el indio”, “la prostituta”? La etiqueta ha desplazado el lugar de la persona humana.

Y es antropológica porque atenta contra la dignidad humana, reduciendo así la riqueza y complejidad de una vida a una sola característica, un episodio o una pertenencia o a un momento de debilidad.

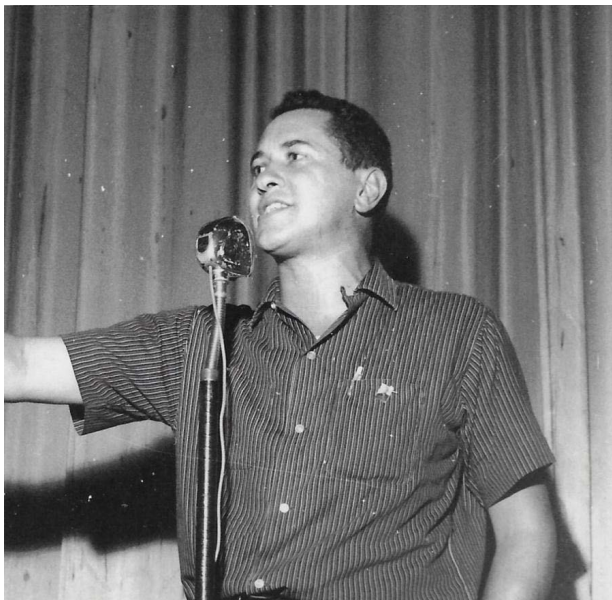
Quedarnos en el adjetivo levanta muros donde podrían existir puentes. Convierte el diálogo en un enfrentamiento de categorías y no de personas. El otro deja de ser alguien con quien conversar y se transforma en un representante de una etiqueta que debemos combatir o defender.

Precisamente por ello, aquellos sobre quienes recaen los adjetivos más pesados y las categorías más negativas deberían ser los primeros a quienes nos acercáramos. Como *Hacedores de la Verdad*, estamos llamados a ir más allá de las apariencias y los prejuicios, reconociendo que ninguna persona puede reducirse a una sola característica de su vida. ¿Acaso no debemos cuidarnos de la doble oscuridad en la que nace el ser humano: la del pecado y la de la ignorancia? La ignorancia nos lleva a juzgar antes de comprender, a etiquetar antes de escuchar y a condenar antes de encontrarnos. El pecado, por su parte, nos inclina a la autosuficiencia y al orgullo, haciéndonos creer que podemos erigirnos en jueces de nuestros hermanos y definirlos a partir de sus errores, sus decisiones o las categorías que les atribuimos.

El punto donde convergen la ignorancia y el pecado es el lugar donde nace la adjetivización: dejamos de ver personas y comenzamos a ver etiquetas. Allí donde la sociedad ve únicamente una categoría, nosotros estamos llamados a descubrir un rostro humano, a buscar la Verdad con V mayúscula.

Precisamente, nos encontramos en tiempos de campaña presidencial, y es en este marco donde el problema se vuelve aún más evidente. Muchos ciudadanos ya no escuchan propuestas, argumentos o preocupaciones reales. Basta con identificar a alguien con una corriente política para decidir si merece atención o desprecio. Los adjetivos sustituyen el pensamiento. Las etiquetas reemplazan el encuentro.





Recordar a Camilo Torres sesenta años después puede ser una oportunidad para algo más que una discusión histórica. Puede ser una invitación a revisar nuestra manera de mirar a los demás. Tal vez el verdadero desafío no sea decidir qué adjetivo ponerle a Camilo, sino aprender a descubrir todo aquello que los adjetivos nos impiden ver.

Porque ninguna persona cabe por completo en una etiqueta. Y cuando reducimos a alguien a un adjetivo, perdemos la posibilidad de reconocer la riqueza de su humanidad. Tampoco contemplamos a Jesús únicamente como un hombre ejecutado en una cruz; reconocemos en Él toda una historia de salvación, una vida entregada por amor y el misterio de Dios actuando en favor de la humanidad. Si somos capaces de descubrir tanto detrás de una cruz, ¿por qué habríamos de conformarnos con una simple etiqueta al mirar a nuestros hermanos?

Observemos la historia, observemos las situaciones, miremos los contextos y hagamos la Verdad.



*Fray Daniel Felipe
Sánchez Bustos, O.P.*